

## Corea del Norte o el garrote atómico

Corea forma ya parte de la imaginación colectiva occidental. Lamentablemente no se trata sólo de los prodigios tecnológicos o del encanto de su cultura sino del terror psicológico que inspira el régimen rojo del Norte.

La reciente segunda prueba nuclear no sólo disparó la alarma internacional por el consecuente peligro de conflicto sino que sentó un trasfondo inquietante sobre los análisis de especialistas: el poderío que se exhibió fue más potente y su pericia tecnológica mayor que la de 2006.

A lo anterior se suma el factor diplomático norcoreano. Semejante demostración de poder fue una respuesta directa a la censura que la ONU opuso a su lanzamiento de largo alcance violando el espacio aéreo japonés. Como era de esperar, el Consejo de seguridad protestó contra la prueba nuclear que, a su vez, violaba el documento del 2006 posterior a la primera demostración de poder nuclear norcoreano.

Dicha resolución irritó a Pyongyang y el gobierno rojo se retiró de las conversaciones orientadas a regular las actividades nucleares norcoreanas que inquietaban a la ONU. Como medida inmediata, se reactivan las instalaciones nucleares y el régimen comunista se declara no sujeto al armisticio de 1953 con Corea del Sur. Así logra -amenazando a la nación del sur - aumentar la tensión mundial por la eventual agresión nuclear y la consiguiente decisión de la Corea libre de integrar la Iniciativa de Seguridad contra la Proliferación (PSI). En respuesta, el régimen comunista considera la medida como una “declaración de guerra”.

Al parecer, la carta puesta en la mesa de negociaciones - donde participan China, Rusia, Estados Unidos, Japón y las dos Coreas – no hace efecto. La oferta de dinero, garantías de seguridad norteamericanas y energía eléctrica regalada por Corea del Sur no le han resultado suficientes en estos seis años al gobierno rojo y su estrategia.

Para los movimientos pacifistas y de desarme la situación es grave. Si hemos de creer al ministerio ruso de defensa, la fuerza de la primera explosión fue equivalente a la que acabó con Hiroshima (entre 10 y 20 kilotoneladas) y que la segunda fue aún 20 veces más potente.

Sin embargo la mayor fuerza de la explosión no fue sólo en el aspecto bélico sino en el campo de mayor experiencia de los gobiernos comunistas: el terror rojo. Con el garrote nuclear se dio un golpe duro a la comunidad global.

Occidente espera que un régimen como el norcoreano se comprometa a no poseer armas nucleares y se someta a la regulación internacional a cambio de incentivos tecnológicos y de confiar en que los países armados se desarmen para estar en igualdad de condiciones. Una desconfianza comprensible si se tiene en cuenta que pese a las sentencias de 1996, reguladas como derecho internacional, las grandes potencias nucleares no se han contenido ni redujeron su potencial armamentístico nuclear.

En tanto no se reconozca bien la psicología de Corea del Norte, con sus declaraciones de principios y necesidades de poder, ninguna agenda de paz prosperará. Y eso no se

comprenderá hasta que las naciones libres no comprendan la lógica del garrote atómico: el terror rojo.